



La Escribano

La tarde comenzaba a declinar y la luz se había tornado completamente dorada, las largas y estilizadas sombras de los transeúntes desbordaban las dimensiones de las aceras. Yo caminaba al lado de mi amiga Cuca, **Cuca Escribano**, *La Escribano*, a quien había ido a buscar a la puerta de su casa para acompañarle hasta el teatro Rialto de la Gran Vía madrileña donde interpretaba un papel que la obligaba, o permitía, enseñar sus piernas perfectas y largas. Hacía tiempo que no paseaba con ella, así que me permití obligarla a detenerse un instante, en la calle Siete, para fotografiar su sombra junto a la mía, ensombrecida. Instantes después saludaba a un actor famoso, a quien yo no conocía, pero dos chicas jóvenes que se nos cruzaron sí, como también la conocían a ella, y fui yo quien disparó la foto donde las niñas se retrataban junto a sus estrellas. Atravesamos Times Square, o quizá era la Puerta del Sol, y Cuca entró a comprar un café italiano en un establecimiento cuyo nombre no miré, porque sólo la miraba a ella; la encontraba un poco cansada, y se lo dije, cometí el error de decírselo, y ella admitió que era cierto, que había rodado un largometraje en sólo nueve días, que estaba alternando dos obras, aquella a la que yo la acompañaba, y otra *—De par en par*, en el Fígaro— los viernes, y para desplazarse de un teatro a otro había contratado un mototaxi. Pensé



Madrid es un escenario; las terrazas parecen decorados, y los hombres y mujeres actores y actrices

que bromeaba, que los mototaxis sólo existen en los cómics de **Mobius**, pero al día siguiente, ya viernes, la vi a bordo del mototaxi amarillo, con un casco blanco. Veintiséis horas después de que la dejara en la puerta de actores del teatro, tras haber cometido el error, o la impertinencia, de decirle que la encontraba cansada. Pero me perdonó a mí mismo treinta minutos después, cuando

me encontré con sus piernas largas y desnudas sobre unos zapatos de tacón muy alto, y ya no era la misma; en absoluto estaba cansada, irradiaba encanto y energía —si Mad Madrid se hubiese quedado sin luz en ese momento le habría bastado a *La Escribano* una sola sonrisa para iluminarlo por entero—. Me deslumbró, claro. La conozco hace años; es —amén de actriz y *La Escribano*— una las escritoras de La Tripulación, mi grupo literario. La he visto en obras y películas y series de televisión. Pero no era la misma, no era ella, era —pura magia— la encarnación del personaje que estaba interpretando. Personaje que nada se le parecía; y tampoco era Cuca a quien vi en el escenario veintiséis horas después en el Fígaro. Cuando terminó la obra, la del Rialto, estaba esperándola en la puerta, para volver a acompañarla; no parábamos de encontrarnos gente, como si Madrid se hubiese convertido en un pueblecito, o mejor: un escenario; porque las terrazas parecían decorados, y los hombres y mujeres con los que nos encontramos y hablábamos actores y actrices; esto último no era producto de mi imaginación sino algo real y exacto. Me esforcé en caminar siempre que pude un paso detrás de ella hasta que llegamos a su portal, entonces la besé en el pelo, y me despedí de *La Escribano*, con mi mejor sonrisa a modo de aplauso. ■

www.javierpuebla.com